

H
205
V821w
C.R.

Año XIV, Nº 46



Octubre, 1924

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

“VIRYA”

REVISTA TEOSÓFICA

ORGANO DE LAS LOGIAS DE COSTA RICA

La ciencia describe algunos de los atributos de las cosas, pero las causas originales que producen esos atributos permanecen desconocidas para ella, y permanecerán así hasta que sus poderes de percepción sean capaces de penetrar en lo invisible.

FRANZ HARTMANN.

DIRECTOR:

TOMÁS POVEDANO

ADMINISTRACIÓN EN SAN JOSÉ DE COSTA RICA, A. C.
APARTADO NÚMERO 206

SUMARIO:

<i>Permanente.....</i>	
<i>Costumbres, creencias y fiestas de los Indios</i>	
<i>Bribris y Cabécares de Talamanca, Costa Rica.....</i>	
<i>El Reino de Dios está dentro de vosotros...</i>	» POR DIEGO POVEDANO
<i>Blavatsky en el presente.....</i>	» GEORGE LANSBURY
<i>A los Jóvenes del Mundo.....</i>	» R. MAYNADÉ
<i>La Religión del servicio social.....</i>	» G. S. ARUNDALE
<i>Agradecidos.....</i>	» C. JINARAJADASA
<i>Las nuevas Tablas de la Ley.....</i>	» TOMÁS POVEDANO
<i>Annie Besant, su labor política.....</i>	» C. JINARAJADASA
<i>Mi más sincero aplauso.....</i>	» GEORGE LANSBURY
<i>De la Revista «Fraternidad»: Reseña de inauguración de la Logia «Almas» y Alocución del Dr. Rodolfo Leiva.....</i>	» TOMAS POVEDANO
<i>«El Gran Secreto».....</i>	» HENRY BIDOU
<i>Sobre la tumba de Dante.....</i>	» PAUL BOURGET
<i>Espacio y Alas.....</i>	» ROGELIO SOTELA
<i>Asuntos Diversos.....</i>	

IMPRENTA ALSINA, SAN JOSÉ, COSTA RICA

“VIRYA”


“VIRYA”

ESTUDIOS DE TEOSOFÍA, HERMETISMO, ORIENTALISMO
PSICOLOGÍA, ETC.

AÑO XIV

SAN JOSÉ, COSTA RICA, OCTUBRE DE 1924


NÚM. 46



Permanente

La “Sociedad Teosófica”, que fué fundada en 1875 por Helena Petrowna Blavatsky y Henry Steel Olcott, tiene su Cuartel General en Adyar, Madrás,—India Inglesa,—siendo su Presidente actual Mrs. Annie Besant, en virtud de elección general de teosofistas de todas partes del mundo. Las Logias establecidas en Centro América, por dicha Sociedad, son dependientes de la Sección Cubana, de la cual es Secretario General don Rafael de Albear.

Hacemos esta advertencia a nuestros lectores, para evitar errores y posibles confusiones con cualquiera otra Sociedad, que, habiendo adoptado el mismo nombre y empleando términos teosóficos o palabras tomadas de las enseñanzas de la Sociedad Teosófica, pretenda pasar por tal, desorientando así, tal vez, a muchos investigadores sinceros que desean conocer nuestras doctrinas.



COSTUMBRES, CREENCIAS Y FIESTAS DE LOS INDIOS BRIBRIS Y CABÉCARES DE TALAMANCA, COSTA RICA

EN los nacimientos del río Telire se encuentra una tribu de indios cabécares, de tez blanca quemada y facciones enteramente europeas. (Véase grupo 23). (La figura 24 representa el tipo de los guatusos, indios que ocupan una parte de las extensas llanuras Septentrional y Oriental de la cadena volcánica del Noroeste de Costa Rica, y la parte meridional del lago de Nicaragua. Se ha hecho este dibujo para que sirva de comparación entre ambas razas). Tienen los cabécares un promedio de seis pies de estatura. Entre los bribris del bajo Talamanca los llaman los indios blancos. Son insociables y orgullosos, y sus creencias y costumbres varían algo de las de los bribris, los que ocupan la parte inferior del río.

Las madres bribris se llenan de amuletos para prevenir al pequeño que va a nacer contra varias influencias. (Véase figs. 17 y 19). Se cuelgan al cuello dientes pequeños y uñas de tigres para que nazcan valerosos y listos en la caza; crines de animales, para que tengan resisten-



cia en el trabajo, y ojos de pájaros o semillas que los imitan, para que tengan una vista rápida en la pesca y en la caza.

El padre construye un ranchito pequeño algo retirado de los palenques, y en él nace el niño.

A la madre, durante su estado delicado, se le considera envuelta por la perniciosa influencia del «bukurú», lo mismo que en épocas determinadas; y esta influencia no cesa hasta después del nacimiento del pequeño, quedando solamente bajo la protección del «nya».

Para que cese en la mujer su estado de «bukurú», tiene que darse un baño purificador, y el «sukia o tsúgur» ha de envolverla por varias veces en el humo de su pipa. (Véase nota N^o 1, al final).

La persona que toca o recibe algún objeto de una mujer infestada del «bukurú» queda a su vez contagiada, y el marido de ella es castigado con una fuerte indemnización, pues el nuevo contagiado tiene que aislarse durante tres días, no tomar sal en ningún alimento, y no fumar ni beber chocolate ni chicha. Después de esta abstinencia o ayuno, se lava las manos en agua caliente, en la que previamente el «sukia» ha echado el humo de su pipa.

El «bukurú» es una influencia de mayor importancia y trascendencia que la impureza a que se refiere la doctrina hebráica. Su influencia es casi tangible: enferma por contagio y por aproximación, y llega hasta a matar. Del «bukurú» se contagian las armas, los objetos y las mismas casas. Le atribuyen carácter como de espíritu maléfico, que afecta principalmente a los débiles de cuerpo.

Gusta esta influencia de alojarse en los palenques abandonados, en las armas y en todos los objetos en

desuso. El medio de purificarlos es golpeándoles con varillas por todos lados.

La otra mala influencia a que antes me refiero es de menor importancia: es el «nya», todo lo que tuvo conexión con un muerto o cosa sucia es «nya». Las joyas, armas y demás pertenencias de un muerto son «nya» también. Sólo el «sukia» o el «awa» (doctor) maneja estas cosas sin mayor peligro, pues puede purificarse con solo lavarse las manos en agua caliente saturada con humo de tabaco.

Las «erákur» (mujeres) son las encargadas de hacer todo el trabajo pesado de la tribu: trasportan el banana, la leña, el agua, y hacen todos los oficios domésticos.

Sobre la carga de bananos o leña que trasportan en redes, llevan las madres a sus hijos y sostienen todo el peso con la frente por medio de una faja.

Los wewi (hombres) tienen una o varias mujeres, según su importancia en la tribu, más las mujeres que puedan alimentar. Los jefes tienen generalmente tres. No es conocida ninguna ceremonia matrimonial, siendo el divorcio aceptado por mutuo consentimiento, o bien por infidelidad de la mujer o mal trato del marido. Si la mujer es la culpable, el marido la azota cruelmente, algunas veces, y después la manda a su casa, quedando en este caso en libertad de volver a contraer matrimonio.

El beso es completamente desconocido entre ellos. La madre acaricia solamente al niño.

En uno o varios palenques vecinos viven todos los miembros de la misma familia, y entre todos ellos se considera que existe un lazo de consanguinidad absoluta; de tal manera, que entre sí no pueden concertar ninguna unión matrimonial, quedando todos los parientes carnales o políticos sometidos a esta inflexible ley.



24.

T. Roldano

Creen en la redondez de la tierra, pero que ésta da vueltas en el espacio sostenida sobre el pico de una montaña.

Dicen que el gran espíritu, «Sibú» (Dios), es único, padre de todas las cosas, que es sobre-humano, sublimemente bueno, pero indiferente a los detalles menores de la vida de los hombres. Que regó semillas sobre la tierra de las que nacieron los primeros seres, los que después se siguieron reproduciendo de igual manera, y que sembró los primeros maizales y platanales. Los sacerdotes le dan infinidad de nombres en sus cantos; los correspondientes a las cualidades de él. No tienen ninguna forma de adorarlo, aunque pronuncian su nombre con un exagerado y profundo respeto.

Dicen que Sibú mandó a su hijo a la tierra, el que nació de una virgen, para castigar a los hombres.

Es digno de notarse, que igual creencia encontraron en México los misioneros españoles entre los aborígenes, cuando el descubrimiento de América.

Creen los cabécares que tienen dos almas: la buena se va al reino de Sibú al morir, y la mala se la llevan los diablos al infierno. Si ambas son buenas, el hombre está salvado. A la hora de la muerte llega un gran pájaro y se los lleva cogidos por el pelo. (La representación de esta creencia la tengo yo en mi colección. Un gran pájaro de barro pintado, con las alas extendidas y cogiendo al indio por el pelo). (Véase la fig. N^o 21).

Representan a Dios por un disco de oro puro, el cual debe ser hecho sin liga y sin fundir. (Véase fig. 16 y la nota N^o 2). Era el distintivo de los sacerdotes antiguamente: ahora he visto usarlo a los Jefes y también a indios sin jerarquía.

Hay que notar, que este es el único objeto de oro

puro, que según mis noticias, fabricaban los indios. Sus águilas, cascabeles y demás objetos, los hacían con oro de más baja ley; con oro de 14 y 16 kilates, ligado con cobre.

Al diablo lo llaman «bi», y no le dan ninguna clase de culto. Lo consideran malévolo. Creen en varias clases de ellos: los que producen las enfermedades; los que hacen que piquen las culebras; los que provocan las tormentas y rayos; los que hacen crecer los ríos; los que ponen estorbos en el camino para que el indio caiga, etc., etc. No les tienen mucho miedo, pero sí se cuidan bastante de ponerse en condiciones de que el mal espíritu no les haga daño. Cuando visitan un lugar de la montaña por primera vez, entran con gran cuidado y silencio para evitar su enojo. Después de conocida esta parte de la montaña, el espíritu ya no se molesta tanto con ellos, pues les considera como sus amigos.

Creer que los picos pelados de las cordilleras están habitados por unos seres humanos etéreos, que tienen sus viviendas en las mismas masas de la roca. Son llamados los «ayum». Tienen éstos nuestras mismas costumbres, y castigan con la muerte al que se les acerca. Usan los bribis unas piedras para sus augurios (Figuras 2 y 13), de las que también tengo en mi colección varias muestras. Con ellas consultan su suerte favorable o adversa. Si van de caza, usan unas que parecen lajas, las que frotan sobre la palma de la mano. Si la piedrecita se mueve o baila como dicen ellos, cuando la soplan, es indicación favorable: tienen otras de color rojo para averiguar si van a encontrar enemigos por el camino; y otras como de mármol, con vetas aplomadas, para averiguar su suerte, en general, durante el día. Yo encontré otras de distintos colores en sus huacas, que seguramente usaban



para estos augurios. Los misioneros españoles, siempre que podían, les echaban estas piedras al fuego, por considerarlas como útiles de hechicería.

Creer en el poder de los «awas» (brujos o doctores), para producir encantamientos, con los que consiguen expulsar al espíritu del mal del cuerpo de los enfermos.

Esos indios se frotan las manos y el cuerpo con ciertas yerbas para inmunizarse contra la brujería. Usan otras yerbas, con las que también se frotan, para hallarse en condiciones de atraer buenas influencias sobre sus guerreros, o sobre los que están acometiendo cualesquier empresa de peligro.

Los «awas» no sólo usan de sortilegios para curar, sino que también de ciertas plantas, aunque en reducido número. El humo de su pipa es su gran fuerza para hacer salir al mal espíritu. Creer tener poder para ahuyentar a las culebras de los caminos; atraer o detener las lluvias, y modificar todos los fenómenos metereológicos.

Su poder principal, según ellos, estriba en el de los que llevan consigo: estos son pequeños cálculos de las vísceras de algunos animales. Se ayudan durante sus curaciones con cánticos monótonos y a veces con grandes gritos.

Estas tribus tienen dos Jefes de cuasi igual poder: el Cacique y el «Usékara»; el primero en lo civil y el segundo en lo religioso.

El «Usékara» o Gran Sacerdote, considera que puede comunicarse con los espíritus a voluntad. Caso de calamidades públicas, como sequías, pestes, etc., al Cacique, que es el único que puede solicitar ayuda a nombre de la tribu, se le pide interceda con los espíritus para que cese el flagelo. Entonces el gran sacerdote ordena que entre toda la tribu en ayuno, y con uno de

anticipación preparan comida para tres días, la que debe ser condimentada sin sal. Durante el ayuno no se puede encender fuego, para evitar que los espíritus se acerquen a él, ni pueden los indios fumar, ni tomar chocolate ni chicha. Sólo pueden hablar en voz muy baja; y, caso de tener que salir de los palenques, deben hacerlo con la cabeza cubierta y evitando en lo posible todo ruido. Con ésto están facilitando el trabajo del «Usékara», el cual se ha retirado a su caverna, algo distante de los palenques, para llamar a los espíritus y poderles suplicar que intercedan a favor de su tribu. En esta caverna se mantiene el sacerdote de seis a ocho días en comunicación con ellos.

El gran sacerdote impone contribuciones para atender a su propio sustento, las que frecuentemente y con gran placer le entregan a voluntad. Su única bebida es el chocolate. No presta atención alguna a solicitudes de particulares, excepto a las que afectan a la tribu.

Los sacerdotes de menor categoría se llaman «sukías» o «tsúgur», y son los que se ocupan de las ceremonias funerarias. A ellas no concurre el «usékara». Tanto el cargo de éste como el de los «tsúgur» son hereditarios.

Los ritos funerarios varían mucho, según las tribus. En algunas de las de Tierra Adentro, se embalsaman sus muertos, embadurnándolos con una sustancia llamada «caraña», que se asemeja a la trementina. Esto pudo comprobarlo el mismo Cristóbal Colón a su llegado a «Cariay» (Limón).

Los de la Isla Toja (Almirante), los velaban día y noche con canciones lúgubres y al son de tambores, durante nueve días. Después, la mujer o la hija tenía que llorarlo durante toda la vida. Este llanto se ofrecía solamente al amanecer, en forma de un canto muy fuerte,

que era oído a gran distancia. Es de notar que, entre las tribus del Oriente del Ecuador existía y aún existe igual costumbre.

Un jefe cabécar me explicaba sus ritos funerarios como sigue:

Cuando muere un Jefe o personaje principal de la tribu, inmediatamente se le da aviso al sacerdote, el cual procede a encender el fuego que debe arder durante nueve días. Si el fuego se apaga durante ellos, lo vuelve a encender, pero no puede ser usado ese fuego para ningún otro fin, pues lo consideran sagrado.

El fuego tiene que ser encendido haciendo girar un palito puntiagudo sobre otro en cuya superficie han hecho un pequeño hueco. Mientras se enciende, los sacerdotes acompañan la operación con cánticos.

Depositán el cadáver sobre esteras hechas de fibras vegetales o sobre su propia cobija, y alrededor de él, se sientan sus familiares y miembros importantes de la tribu en pequeños taburetes.

El Cacique toma la palabra y con tono reposado y lúgubre da cuenta a la tribu de la muerte acaecida, y solicita de los presentes que informen sobre los detalles de la vida del extinto.

Uno de los presentes dice: que el muerto le había quitado una vaca y con frecuencia algunos bananos; que no le gustaba el trabajo y que hacía pasar hambre a su mujer e hijos; pero que, en cambio, él le había quitado la vaca después de darle una paliza, y el doble de los bananos que le había robado: que si bien era cierto que no le gustaba trabajar, en cambio repartía siempre con los amigos su tabaco y su chocolate; que, aunque no le daba de comer a su mujer e hijos, en cambio, no les pegaba; y que si alguno de ellos se le enfermaba, corría inme-

diatamente a la montaña, a cualquier hora del día o de la noche, para traer las plantas que el médico necesitaba, desafiando las culebras y animales peligrosos. Que por todo ello, siempre él lo había querido mucho.

Entonces, dirigiéndose el sacerdote al Gran Espíritu, pide que el alma del difunto sea aceptada en su seno; pues de lo dicho, se ha podido comprobar plenamente que las cualidades buenas del muerto borran los pequeños defectos que tuvo durante su vida.

Durante esta especie de ruego a la divinidad, el sacerdote entona unas plegarias con la vista fija en el fuego sagrado.

Otros muchos se van levantando por turno y contando las quejas tenidas contra el muerto, pero siempre suavizándolas, por terribles que ellas sean, con pomposas cualidades, las que levantan murmullos de admiración entre los presentes.

Ellos se consideran obligados a contar verazmente todos los defectos del extinto, pero a la vez creen tener completo derecho de hacer resaltar sus cualidades hasta un grado superlativo, por muy insignificantes que fuesen, pues el hombre tiene la facultad de poder juzgar las cualidades ajenas según su criterio.

¿Si un hombre ha matado a otro, cómo lo defenderían a la hora de su muerte?, le preguntaba yo al Cacique. El hombre nunca mata sin algún motivo, y de este motivo se sacan las consecuencias para su defensa: nosotros hacemos todo esfuerzo para ello; pero el Gran Espíritu pesa nuestras razones y decide si acoge al alma o la deja abandonada al espíritu del mal: en cuyo caso, se la lleva bajo el brazo el diablo.

La reproducción de esta creencia la tengo representada en una figurita de barro pintado, encontrado en una



T. P.

huaca. Es un diablo con cachos, con la boca abierta y enseñando los dientes, que lleva bajo el brazo un pequeño indio (Véase figura N^o 3).

Otros indios de la misma tribu, pero de distinta localidad, creen que es un pájaro grande el que se los lleva al infierno.

Al preguntarles, si no se daba alguna vez el caso de que alguno diese malos informes de un muerto sin hablar sobre sus virtudes, me respondieron que ninguno se atrevería a exponerse a la represalia de ser mal informado al tiempo de su muerte.

Como decía, después de ser oídos todos los presentes con sus cargos y descargos contra el muerto, se procede a hacerle entrega de todos los objetos que le pertenecieron en vida (Figs. 10 y 12). Sus águilas de oro, señal de cargo militar y poderío: sus hachas de piedra (Figs. 1, 5 y 11), ídolos (Fig. 6) y cacharros de alfarería por él usados: sus cascabeles (Fig. 9) y sonajeros (Fig. 5), si era un sacerdote, los cuales le sirvieron en vida para ahuyentar al espíritu del mal; sus arcos, flechas y piedras de augurios. De todo ello le hacen entrega; a causa de estar dichos objetos influenciados del bukurú, y por que así evitan el que su espíritu venga a reclamarles las propiedades de que tendrá necesidad en su nueva vida.

Todos estos objetos los colocan dentro de la esterilla o manta, envolviendo el cadáver fuertemente y amarrándolo en forma de paquete, con lo que adquiere la figura de una momia.

El geólogo Gabb, explica esta ceremonia, refiriéndose a los bribris, algo distinta de la que acabo de referir. Dice, que como los «tsúgur» tienen la facultad de inmunizar las pertenencias del difunto de las malas in-

fluencias, sus herederos se reparten con avidez sus propiedades; y que cuando llega el momento de hacerle la entrega, sus parientes simulan efectuarla sustituyendo cada objeto con pedacitos de la madera llamada «palo cacique», los que van colocando sobre un poco de algodón, con el que hacen un envoltorio que colocan al lado del difunto.

Esta modificación en las costumbres debe ser relativamente moderna, pues siempre he encontrado en las huacas, hachas, cacharros e ídolos de factura más o menos pobre, pero nunca los pedazos de «palo cacique».

Algo que me ha llamado la atención, y que no me han podido explicar los indios, es, el que a veces he encontrado algunas huacas con toda la alfarería y hasta los mismos objetos de piedra hechos pequeños pedazos, con los que pueden reconstituirse. Debe haber sido esto un castigo, pues sabido es, que ellos consideraban esos objetos como indispensables para la nueva vida.

Como decía, el envoltorio en forma de momia lo cuelgan de un palo largo, para que no haya peligro de roce, y lo llevan en hombros a bastante distancia de los palenques.

En un claro de la montaña han hecho con anticipación un ranchito (especie de choza), entre los ramares de un árbol y a bastante altura. Con grandes dificultades suspenden el cadáver hasta su temporal morada, pues tienen que evitar el rozarse con el cuerpo del difunto. Cierran bien con ramas esta sepultura aérea, donde ha de descansar el cuerpo durante un año, con lo que se da por terminada la primera parte de la ceremonia.

Las costumbres de los bribbris difieren también en este final (según Gabb), de las que acabo de relatar.

Estos envuelven el cadáver en su cobija y en hojas de «platanillo», y lo depositan durante el año en un especie de banco como media vara, separado del suelo, hecho de ramas de árboles bien juntas, cuya especie de ataúd cubren de más ramas, las que amarran fuertemente; y además, cercan todo el rededor con estacas.

Los cabécares consideran las enfermedades como ataques hechos por el espíritu del mal para matar al enfermo. Por tal motivo, en el momento que se sienten enfermos llaman al brujo o doctor, el cual por medio de sus cascabeles o sonajeros (Figuras 4 y 9), trata de au-yentar al mal espíritu; y si el enfermo no mejora, le aplican yerbas o le dan infuciones de ellas para envenenar al mal espíritu y que se retire del cuerpo del enfermo. Según el lugar del organismo donde el espíritu se aloja, y los efectos que él produce, así varían la calidad de las yerbas que le aplican.

Además de las fiestas funerarias, celebran estas tribus otra que podría llamarse fiesta del trabajo.

Cuando tienen que hacer desmontes, o siembras de importancia, se conciertan varios de ellos para ejecutarlo, viniendo a veces de grandes distancias, y siendo considerados todos como huéspedes gratuitos del dueño del terreno. Todos emprenden el trabajo con gran ardor hasta su terminación. Al final de cada día, comen, beben y bailan a costa del anfitrión.

A la mujer no la emplean en los trabajos de campo. Para ellas quedan los oficios domésticos, así como el acarreo del banano y la leña, por pesada que resulte la carga, como también el trabajo de la confección de telas.

Sus vestidos actuales son muy sencillos, pues se componen de una tela de algodón, gruesa, y a veces de telas de fibras, que se arrollan con vuelta y media a la

cintura, y les llega a la rodilla, sujeta con un cinturón. Esta especie de enagüeta la llaman «bana». Una camisola sin mangas que apenas les llega a la cintura completa la «toilet».

Las enagüetas están ornamentadas con franjas de colores obtenidos del caracol de la especie «múrex» y del jugo de algunas plantas.

Usan muchos collares, los que a veces les cubren todo el pecho, y en el cabello entrelazan multitud de cintitas de colores diversos.

A pesar de tan sencillo y fresco atavío, las indias de esta tribu son muy púdicas.

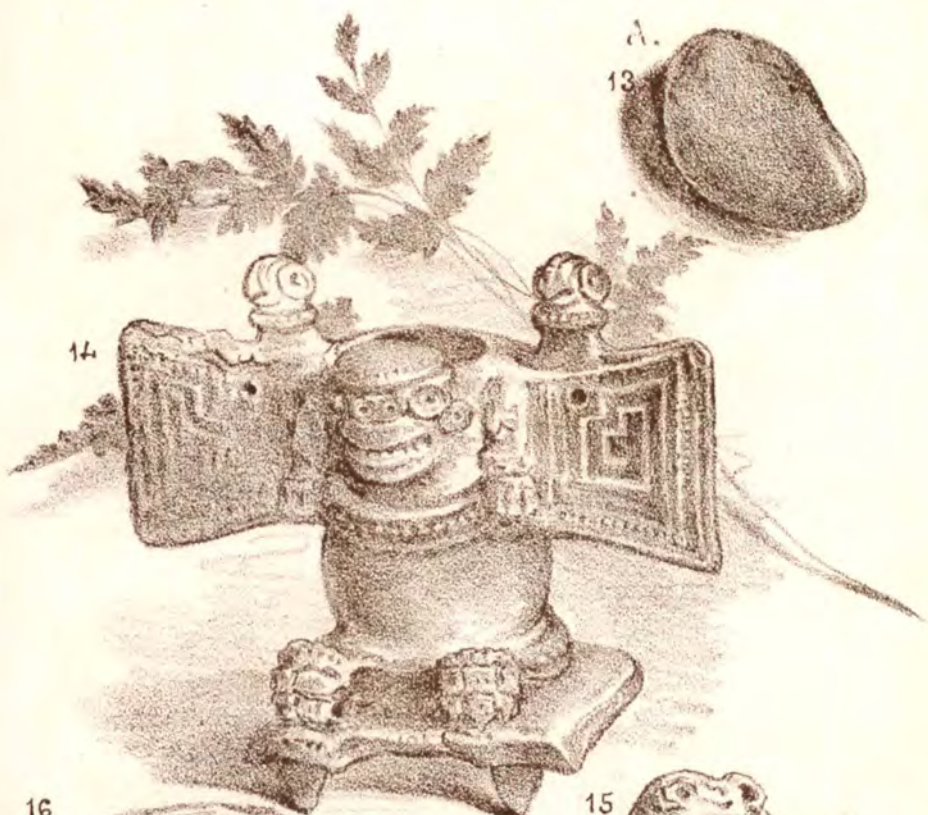
El traje de los indios se compone de un pantalón ancho, de algodón, y de una camisa sin mangas.

Las mantas o cobijas con que se cubren son también elaboradas y ornamentadas por ellos; unas hechas de algodón, otras de la fibra que extraen de una especie de ágave.

Su alfarería actual es muy ordinaria. Ya no se ven entre ella aquellos preciosos cacharros y figurillas pintadas que tan frecuentemente se encuentran en las huacas, como puede notarse en las figuras 7, 14, 18 y 20. La facilidad con que obtienen de los bribris ollas de hierro y demás productos extranjeros, ha matado por completo aquella industria.

Comercian principalmente con zarzaparrilla, hule y plantas medicinales, las que cambian por armas, pólvora, machetes y otros artículos.

La base de su alimentación es el banano y el maíz. Con el primero hacen el «mushla», cociéndolo en agua hirviendo y después reduciéndolo con las manos a una pasta suave. El maíz lo comen, cuando está tierno, cocido o asado en las brasas, y cuando duro, lo emplean para



T.F

la confección de la chicha, que es una bebida fermentada que elaboran las indias jóvenes mascándolo y echándolo en vasijas especiales, donde lo conservan hasta que fermenta.

Para sus largos viajes usan la pasta de maíz así fabricada, separada del agua, con lo que obtienen un fermento más intenso del que van mascando pedacitos y tomando agua de los ríos; según ellos, esto les da gran resistencia contra la fatiga.

Sus instrumentos musicales, son: en primer lugar e importancia, un tamboril de forma cilíndrica hasta la mitad, que después se ensancha algo, siendo su diámetro más ancho de unas siete pulgadas por diez y seis a veinte de largo. El diámetro mayor está cubierto por una piel de iguana. Se lo cuelgan del hombro izquierdo con una faja y lo sujetan bajo el brazo. Lo tocan con los dedos de la mano derecha.

El caparazón del armadillo lo usan también en tal concepto, rascando en él con una semilla.

La flauta de siete notas es formada de canillas de ave. Otro de los instrumentos es el sonajero, que forman de una pequeña calabaza con huesos de frutas duras adentro, y con un mango en uno de sus extremos.

Usan además las ocarinas y pitos de barro de varias notas (la Figura N^o 8 es uno de ellos, conocido por el silbato doble de los incas). Y por último, un instrumento en forma de caja rectangular, de seis por ocho pulgadas. En una de sus caras hay un corte en forma de herradura, que contiene una lengüeta semi-flexible. Sobre la lengüeta golpean con un hueso en forma de varilla, produciendo un sólo tono armonioso. En el lado angosto lleva un mango.

El conjunto de estos instrumentos resulta desagra-

dable para los oídos no acostumbrados, pero original y de un carácter y ritmo típicos.

En las fiestas acostumbran a pintarse en las mejillas un cuadro o paralelogramo con barras perpendiculares en el interior, de color rojo oscuro que obtienen del jugo de un bejuco. También algunas veces se pintan círculos en brazos y piernas con el color azul que extraen de una fruta.

Su calendario es muy simple: dividen el tiempo en días, meses lunares, y años, que llaman «dawas». Desde una florescencia de la caña silvestre a otra, cuentan un año.

A la segunda parte de los funerales la llaman fiesta de los huesos.

Esta fiesta, como decía, la celebran un año después de la muerte, y es muy interesante y digna de gran atención.

Con anticipación hacen acopio de gran cantidad de provisiones y chicha. Nombran un mayordomo o director de ceremonias, el que se encarga de toda la parte gastronómica.

Una comisión designada al efecto se encarga de la conducción de los huesos al palenque en que se ha de celebrar la fiesta. Estos huesos han sido previamente envueltos en un paño o sábana blanca, de unos dos por cuatro pies, la que tiene pintadas en rojo grandes figuras y caracteres alegóricos, los cuales explican la causa que produjo la muerte del indio. Una de estas sábanas se conserva en el Museo Smithsoniano.

Este paquete lo trasportan, como siempre, por medio de un palo largo, para evitar el contagio. Lo cuelgan en un ángulo del palenque, calculando que nadie pueda tocarlo por descuido o pasar debajo de él durante la fiesta.

Un sacerdote principal y cuatro ayudantes, también sacerdotes, nombrados por él, son los que dirigen la ceremonia. Se sienta el primero en un taburete con los demás a ambos de sus lados. Les entregan pequeñas jícaras de chocolate, y después comienzan un cántico, a media voz, mientras que dos indios, frente a ellos, tratan de encender fuego por medio del frotamiento. Al saltar la primera chispa el sacerdote principal la recoge con un copo de algodón y lanza un agudo grito.

Este grito anuncia el comienzo del baile, el cual es acompañado con cantos y el sonido de los tambores. Sólo interrumpen los bailes para comer y beber chicha, y cuando ya están muy rendidos, descansan varias horas, para seguir de nuevo bailando y bebiendo.

Dice Mr. Gabb, que hasta quince días duran estas fiestas; y que éllas son las oportunidades de que se aprovechan las parejas jóvenes para sus esparcimientos y obtener los obligados compromisos matrimoniales.

Cuando las provisiones se han terminado, el mayordomo da aviso de ello, para que se precisen todos en volver al palenque de la fiesta. El fuego se traslada bajo el paquete de los huesos y los sacerdotes se sientan en pequeños taburetes frente a él.

Entregan a los sacerdotes unas jícaras de chocolate, y después de bebido, sacude los cascabeles el Jefe de ellos, a lo que contestan los otros cuatro con igual sonido, y seguidamente entonan un canto fúnebre en voz baja y armoniosa.

Todas las palabras de este canto pertenecen a una lengua sagrada, cuyas sentencias son aprendidas de memoria por los jóvenes sacerdotes, las que a ningún precio dejan conocer de los profanos y menos de los extranjeros; ellas pertenecen a un lenguaje completamente

desconocido: por las cuales van detallando las dificultades con que tropezará el difunto en su viaje al reino de Sibú. Le informan de como el camino va por el zenit, y que aunque invisible para el hombre, el espíritu puede distinguirlo claramente. Entonces se para el Jefe, y seguido de los demás sacerdotes, da una vuelta por la estancia formando una figura especial. Terminada ésta, y ya frente a sus asientos, varios indios entonan un coro con voces lentas y monótonas.

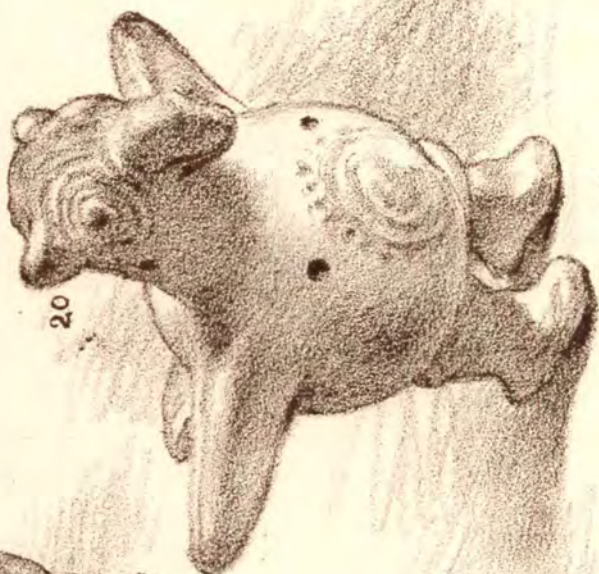
Los sacerdotes menores agitan sus cascabeles haciéndolos girar, en vez de sacudirlos, con lo que el coro guarda silencio, quedando terminada la primera estrofa del ceremonial funerario.

El Sacerdote Jefe sacude de nuevo sus cascabeles para dar comienzo a la segunda estrofa, y sus compañeros le hacen coro sacudiéndolos también. En el mismo lenguaje sagrado y armonioso se dirigen al alma del difunto y le hablan de los ríos peligrosos que tiene que atravesar, donde la esperan hambrientos caimanes listos a devorarla. Y parándose de nuevo, y seguido de sus compañeros, repite las figuras especiales acompañadas del coro de los indios.

Después de cada una de las estrofas sigue el mismo ceremonial; y por ellas, con igual estraño idioma, le dicen al espíritu del muerto que, serpientes monstruosas le impedirán el paso; que encontrará altísimas colinas que tendrá que escalar después de estar agotado por el cansancio; que encontrará profundos precipicios que tendrá que salvar; pero que, en cambio, hermosos pájaros de dulce canto le animarán en su camino y bellas mariposas de pintadas alas, cual flores voladoras, le alumbrarán el sendero para llevarlo a salvo hasta el país del Gran Sibú, en el cual podrá comer, beber, dormir y di-



17



20

T.F.



16



19



21

vertirse, sin preocuparse más por las cosas de la tierra.

Cuando tales cánticos han terminado, entregan al Gran Sacerdote una jícara de chocolate, que él vierte sobre el fuego sagrado; y cuando ha terminado de apagarlo, lanza un grito al que responden sus compañeros.

Seguidamente se organiza la procesión encabezada por los sacerdotes que van sonando sus cascabeles. A continuación siguen los cantores y tamborileros y después los portadores de los huessos. Sus viudas llevan las puntas de las fajas con que está amarrado el envoltorio, y a continuación va el Cacique y demás familiares y convidados, según su estricta categoría.

Mr. Gab, que fué testigo presencial de esta ceremonia, y del que copio algunos párrafos, coincide con las explicaciones que me daba el cacique, así como con las referencias de Fray Francisco de San José (año 1697, Archivo General de Indias de Sevilla, estante 65, cajón 6, legajo 28.—San José de Costa Rica, abril 24 de 1923).

La fosa (Fig. 22), es generalmente cuadrada, de cuatro a seis pies de profundidad por diez en cuadro. El fondo está empedrado, y los costados forrados de toscos tablones de madera recia muy durable o piedras; y con los mismos tablones cubren la parte superior, y otras veces con lajas, echando después sobre ellos tierra y piedras hasta formar un pequeño montículo.

NOTA N^o 1

Considero interesante consignar el hecho que en su viaje de Cayena a los Andes relata el Dr. Julio Crévaux, referente a la costumbre de los indios rucuyos, por la conexión existente entre la manera de curar el piay (hechicero) a los enfermos, y la observada por el sukia o tsúgur para la purificación de la mujer en cinta, o en el estado crítico mensual antes mencionado, en el cual, es también sabido que los hebreos la consideraban

impura; advirtiendo que, los rucuyos, creen que las enfermedades provienen de maleficios o impurezas.

Dice así el Dr. Crévaux:

«A la puesta del sol, mi colega se prepara a tener una consulta. En un rincón de la choza se instala una jaula de hojas de palmera, en la cual entra el piay a rastra. El enfermo se queda fuera, sentado en un cololo en medio de los espectadores. Después de un momento de silencio, oímos un ruido como de frotamiento: es el piay que golpea con las manos las hojas de napú. En seguida, soplando con fuerza, hace: hi... hi... imitando el grito del tigre; luego silba como el macaco, canta como el hoco, el maraya y todas las aves de la selva. Es una invocación a todos sus colegas los piays animales: caicuchy piay (hechicero tigre), mecu piay (hechicero macaco), matapi piay (hechicero serpiente), achitau piay (especie de pacu), que deben auxiliarle con sus consejos: ellos son los que le indicarán los remedios para curar al enfermo; y para que acudan sin recelo, se ha tenido cuidado de apagar todos los fuegos de la aldea.

El silencio es profundo; es el momento solemne de la consulta entre el hechicero de los hombres y los hechiceros de los animales. Después, se toca la música, y el piay canta: Carvilanayo! Carvilanayo!, dando patadas en una tabla para acompañarse. Entonces se hace entrar al enfermo, que tiembla de miedo. El piay aspira el humo de un cigarrillo que se le entrega ya encendido y lo despide con fuerza, soplando como un cachalote sobre la parte enferma: después hincha los carrillos y vuelve a soplar con violencia para expulsar el mal que acaba de aspirar.

(De *América Pintoresca*, pág. 214).

NOTA N^o 2

Las águilas Nos. 18 y 20, así como las ya citadas figuras Nos. 3, 4 y 21, se hallan decoradas con adornos muy significativos de colores negro y rojo, conocidos en Costa Rica por el nombre de curio. En la obra de D. León Fernández, «Documentos Inéditos», se nos dice que este curio es el bol arménico, arcilla muy fina, cuya diferencia de color consiste en que siendo el negro «muy rico en partes orgánicas», se carbonizan éstas al quemarse. «El bol se forma principalmente (añade) por la desintegración del basalto, mientras que la arcilla o arménico por la del feldespato». Motivo de estudio importante ofrecen las ornamentaciones de tantas originales y fantásticas figuras como produjo el arte entre las diversas tribus de indios habitantes de Costa Rica, a veces propendiendo a la caricatura, según puede notarse en la Figura N^o 7, sobre cuya cabeza, y bajo la copa que arriba ostenta, aparece la serpiente que se repite con tanta frecuencia en las ruinas de Copán; pero no puedo prescindir de llamar la atención sobre la insistencia en representar la cruz entre tales ornamentos: El águila de oro, Figura 12.

de que antes se hiciera mención, que le fué obsequiada a mi señor padre, por el Dr. Mauro Fernández a causa de su singularidad, la encontró en una guaca, en la región llamada El General, y ostenta sobre la cabeza una cruz formada por dobles barras unidas, encerradas en doble círculo. Como quiera que la cabeza del águila está hueca, queda dicha cruz al aire, y dos pronunciados lóbulos que forman los ojos de tan singular figura, más otro de igual tamaño que se levanta sobre el pico, constituyen los vértices de un perfecto triángulo equilátero.

Quédame por llamar la atención respecto del buho que sostiene una cabeza humana en su pico, escultura en mármol existente en el Palacio Episcopal, denominado el tocolote, al que se le atribuye la representación simbólica de la creación del hombre, y por último, el disco de oro del Museo Nacional, en cuyo repujado se hace patente el conocimiento del poder que su autor le atribuyera al Ser Supremo, al Logos, en corroboración de las enseñanzas de la Ciencia Oculta y su permanencia universal a través de las edades.

DIEGO POVEDANO

*
* *